

# E. MIRET MAGDA LENA

**E**L obispo de Logroño ha publicado una Pastoral conmerando el Día del Papa.

Don Abilio, aunque tengamos dos ideas muy distintas de la vida, es buen amigo mío; colaboramos juntos cuando la crisis de Acción Católica en una amable lucha por evitar lo que desgraciadamente ha ocurrido: el derrumbamiento en gran parte de este apostolado. Yo creía que los dirigentes de mente y actitud abierta éramos necesarios en este apostolado de colaboración con la jerarquía eclesiástica; él y otros varios obispos sólo veían peligros en las nuevas tendencias más modernas, más al día y más comprometidas con los problemas de la sociedad que manifestaba la Acción Católica. En su diócesis he dado varias conferencias, incluso una vez, tras el Concilio, lo hice en el salón catedralicio bajo la presidencia del obispo. Curiosa paradoja la mía: un «progresivo» hablando a los sacerdotes de un «moderado» obispo de una tierra de fuerte tradición liberal.

En esta Pastoral, tras cosas que todo católico aceptaría, se encuentran otras que más que aclarar las ideas, en mi opinión, sembrarán la confusión de la que tan receloso se muestra este obispo amigo.

Le parece clara la doctrina que expone sobre la autoridad en la Iglesia. Sin embargo, después de leerla me siento —como se sentirán muchos creyentes— perplejo y lleno de mayores dudas de las que tenía antes de hacerla. Y por eso me pregunto: ¿No le interesará conocer las fuertes dudas que a mí y a otros muchos como yo produce su lectura?

En los primeros párrafos alude a Santa Catalina de Siena reproduciendo una frase suya sobre el Papa que ya es clásica. Por eso, recordando el ejemplo de esta Santa, que tan claro habló en público de sus opiniones sobre la Iglesia y sobre los hombres de Iglesia, me inclino a seguir su ejemplo, salvando las distancias que median entre ella y yo, para comentar con frase amable las ideas de la Pastoral. Esta Santa se permitió mucho más: se dirigió al Papa de su tiempo echándole en cara su actitud, cosa que yo ni hago ni me permito hacer. Me limito a expresar mi punto de vista, como el de otros muchos creyentes que piensan como yo, y que quieren ante cualquier frase o indicación de los hombres de Iglesia tomarla en serio para comprenderla y valorarla y no caer en el defecto de ser unas ovejas mudas, sino unos fieles conscientes, activos y con personalidad, como pide el Concilio.

¿Es una «crisis auténtica de pervivencia» la que estamos experimentando hoy en la Iglesia?

No creo que podamos caer en el defecto que señaló Juan XXIII de ser «profetas de calamidades» respecto a la situación actual de los hombres que tienen fe. Es posible, como parece desprenderse de otros párrafos del obispo, que en esas predicciones pesimistas se refiera sólo a España. En ese caso le doy la razón, porque creo que este país tiene una religión de folklore, conveniencia social y egoísmo individual que se compagina muy mal con un auténtico cristianismo por más demostraciones exteriores que se hagan. Pero no por ello me asusto, ya que si se pierde la confusa y tan poco cristiana fe de muchos españoles, seguidores de tradiciones humanas y rutinas supersticiosas, la Iglesia pierde bien poco.

Y la culpa de esta situación de crisis no está en quienes quieren iluminar y clarificar nuestras ideas y costumbres a la luz del Evangelio para que todo el mundo vea más claro, sino que la confusión se producirá por causa de quienes pretenden continuar con esta mezcla difusa y desorientadora de verdades básicas y de errores humano-religiosos (muchos más errores que verdades) llamando a eso fe del pueblo cristiano. No: eso no es fe divina, sino una fe humana —en el peor sentido de la palabra—, como muy bien comprendió nuestro gran San Juan de la Cruz, el más luminoso de los críticos de nuestra confusa fe popular, tan aficionada a revelaciones, egoísmos bajo capa de religiosidad, tiranía con el nombre de dirección espiritual, mezcolanzas sensibleras y apego a imágenes y prácticas falseadoras del Evangelio.

Hay que recordar a aquel arzobispo de Valencia, Santo Tomás de Villanueva, que en sus sermones al pueblo levantino criticaba los abu-

los obispos hay que respetarles y obedecerles en todo lo que se refiere al Evangelio; pero nunca les debemos una obediencia ciega, sino luminosa, responsable y consciente. Si no, seríamos unos autómatas y no unos miembros activos de la Iglesia con personalidad. Muchos —como ha hecho en televisión monseñor Guerra Campos, aunque por motivos muy diferentes— nos preguntamos: ¿es que no hay obispos que se equivocan?, ¿es que hemos de seguirles, aunque se equivoquen?

Dirijo mi vista al mundo católico actual y observo que existen divergencias doctrinales y diferencias de conducta práctica notables entre los obispos. Y me resulta difícil pensar que si las cosas están tan claras puedan existir posturas tan distintas en la Iglesia. Cuando leo la doctrina que acaba de exponer el máximo dirigente de la Congregación para la Doctrina de la Fe no me cabe la menor duda que es de uso general y no sólo de aplicación contra las posturas abiertas, cuando dice que muchas veces es más segura la fe del simple creyente que bastantes posturas episcopales. La historia del arrianismo en los primeros siglos de la Iglesia así lo demostró. Por eso nuestra voz de seglares es importante que sea conocida. Y cuando leo a los especialistas en esta materia me encuentro desde el cardenal Lambertini (que fue hace varios siglos Papa, Benedicto XIV) hasta los teólogos tradicionales Van Noort y Wernz-Vidal con la misma enseñanza que yo propugno en todos mis artículos sobre la autoridad eclesiástica. A los obispos les debemos una obediencia relativa; y es relativa porque está condicionada por las razones de peso que nos hacen pensar que estén equivocados en un caso concreto. Según estos teólogos, no podemos obedecer a los obispos cuando existe «una vehemente sospecha» de error o de injusticia.

Y cuando existe una discusión pública, sin intervención directa y clara de la Santa Sede, y los obispos difieren en sus posturas, no estamos obligados a seguir a uno de ellos necesariamente, como dicen muy bien estos teólogos. Ningún obispo puede obligar ni dirimir discusiones teológicas que se difunden por la Iglesia sin una intervención decisiva de la Santa Sede, que ha de ser pública y clara para los creyentes. Aludir a los discursos de los miércoles del Papa, tan familiares y tan circunstanciales que en ellos podemos encontrar de todo o de casi todo, es olvidar la gradación que existe en las enseñanzas emanadas de los hombres de Iglesia. Juan XXIII dejó bien claro que estos discursos eran de poca importancia cuando pidió al «L'Observatore Romano» que procurase no reproducirlos o al menos que no les diese importancia. ¿Es que no hemos de hacer caso al criterio de Juan XXIII? o ¿es que este criterio es peligroso?

Incluso el famoso discurso patético de Pablo VI sobre ese olor a azufre que creía percibir en el seno de la Iglesia no ha sido textualmente publicado en el periódico del Vaticano, y todos los conservadores lo usan como la definitiva palabra del Papa.

No dramaticemos lo que no es dramático, no digamos que está claro lo que es dudoso y no creamos que se siembra la confusión por hablar de todo ello.

## LAS COSAS CLARAS

soy y mal ejemplo de los obispos de su tiempo como causantes del cisma y separación luterana y calvinista del siglo XVI. O del mentor espiritual de Santa Teresa de Jesús, fray Francisco de Osuna, que hablando a los más delicados y sensibles oídos piadosos de la época criticaba, en su Abecedario Espiritual, a muchos obispos de su tiempo llamándoles con frase que hoy chocaría grandemente: «obispotes». Y, sin embargo, nadie creía por eso que estas tres santas personas fuesen despreciadores de la Iglesia ni sembradores de confusiones en la fe del pueblo, ni mucho menos demoleedores de la fe cristiana. Al contrario; se pensaba que San Juan de la Cruz era un clarificador de la fe, que Santo Tomás de Villanueva era un seguidor de la sinceridad evangélica y que fray Francisco de Osuna tenía toda la razón para hablar claro de los defectos humanos en la Iglesia.

Y hoy nadie se puede ni debe asustar porque en la Iglesia esté pasando mucho menos de lo que decían Santa Catalina o nuestros santos españoles; y que de esto se hable y se comente, como acaba de pedir últimamente el Papa Pablo VI, con amistad no exenta de severidad. El «aggiornamento» que querían aquellos santos —salvada la distancia de culturas— es el mismo que queremos hoy muchos creyentes posconciliares, y por eso no hay que asustarse.

La doctrina católica tradicional dice que a